

# LA HORA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Carlos M. Vilas\*

La sociedad civil figura en el centro del debate contemporáneo sobre la democracia y el desarrollo en América Latina. Desde las "poblaciones" de Santiago a los "plantones" de ciudad de México; desde los "caracazos" de 1989 y 1992 en Venezuela y las movilizaciones por el "impeachment" en Brasil a la oposición al "autogolpe" del Presidente guatemalteco Jorge Serrano Elías, la escena política contemporánea latinoamericana muestra la activación de un arco amplio de grupos y organizaciones englobados bajo el nombre común de sociedad civil. Asimismo, las grandes manifestaciones de oposición a las dictaduras militares del pasado reciente estuvieron a cargo, ante todo, de actores que se identificaban a sí mismo de manera amplia por su pertenencia a la sociedad civil, más que a organizaciones políticas laborales y empresariales determinadas.

El término sociedad civil incluye hoy temas y actores que van desde la vida cotidiana y las relaciones interpersonales en el hogar hasta organizaciones amplias de base territorial, étnica, de género, generacional; organizaciones orientadas hacia cuestiones ambientales, culturales, económicas, ciudadanas y de cualquier otra índole que de alguna otra manera tengan que ver con las precauciones y las expresiones de la vida humana. Frente a la tradicional distinción liberal capitalista entre lo público y lo privado, el concepto de la sociedad civil apunta a la articulación de uno y otro,

implica el cuestionamiento de sus fronteras, y señala el papel de lo privado en la gestación de las condiciones para la acción colectiva diferente de la sociedad política (partidos, legisladores, tribunales, agencias estatales) y del mercado. La sociedad civil no es independiente de la política, del Estado o del mercado, ni ajena a ellos, como lo demuestran los ejemplos mencionados, pero es claro que cuando la gente se identifica a sí misma como "sociedad civil", está reivindicando un ámbito de organización y acción relativamente autónomo, en el cual pueden plantear con mayor espacio y alcance las cuestiones que proyectan sobre las instituciones políticas y el mercado.

Resulta evidente que muchos de los temas que hoy son referidos al ámbito de la sociedad civil tienen una larga trayectoria en la política y la dinámica social del continente; por ejemplo, los antecedentes de los movimientos referidos al espacio urbano y la vivienda se remontan a las luchas de principios de siglo de los inquilinos en Buenos Aires, ciudad de Panamá y otras concentraciones urbanas. Otros temas en cambio son efectivamente nuevos y han sido suscitados por el desenvolvimiento reciente de la política y la economía en el plano doméstico y en el internacional, como en el caso de las organizaciones orientadas hacia cuestiones del medio ambiente. Pero también es evidente que muchos de los viejos temas son enfocados hoy de manera diferente, presentan facetas y

\* Politólogo, profesor de la Universidad Autónoma de México.

dimensiones distintas a las ya conocidas, y sería un grave error meter el vino nuevo en odres viejos. Es por ejemplo el caso de las cuestiones de género, o de los movimientos referidos a las identidades étnicas. El desarrollo actual de la sociedad civil se presenta por lo tanto como una compleja articulación de cortes y de continuidades, de rupturas y recurrencia.

### Clases y política en la sociedad civil

El aspecto que más se destaca en la activación reciente de la sociedad civil es la ampliación de los referentes socioculturales de la acción colectiva. Es decir, la extensión del arco de identidades que los actores construyen en el curso de la acción social, y de los significados que adjudican a ésta. La gente que se involucra en acciones, movilizaciones, reclamos, etc., lo hace identificándose como jóvenes, mujeres, hombres, negros, indios, pobladores, trabajadores, consumidores, etc. Hay un entrecruzamiento de factores especiales, de género, étnicos y raciales, laborales, simbólicos, que en determinado momento se combinan para enfatizar una identidad territorial –pobladores de barrios, reivindicaciones regionales–, en otros para fortalecer una demanda económica –lucha contra la carestía o el desempleo–, en otros más por demandas de tipo cultural, y así sucesivamente. Desde el punto de vista biodemográfico son siempre los mismos hombres y mujeres, pero esta pluralidad de referentes permite que se vean a sí mismos desde distintas ópticas, y que definan en consecuencia cursos diferenciados de acción. Frente al concepto liberal capitalista que reducía a los sujetos sociales a su dimensión de “homo oeconomicus”,

estamos en presencia de una mayor complejidad y apertura en la construcción de los sujetos de la acción social.

Tampoco esto es enteramente nuevo: desde el estudio clásico de Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa, a las investigaciones sobre las bases sociales de las revoluciones centroamericanas<sup>1</sup>, se ha señalado que el concepto de la clase social es un constructo histórico resultado de una pluralidad de determinantes. Además del referente sociolaboral, incluye dimensiones como género, etnicidad, ciudadanía, religiosidad, parentesco, regionalismo, comunidad, entre otros. Mi estudio sobre la insurrección sandinista mostró incluso que la construcción de conceptos como clase obrera (o proletariado) y burguesía, efectuada por los propios actores, involucró aspectos políticos-ideológicos sólo indirectamente relacionados con la vida económica y, sobre todo, con muy ambigua referencia a la apropiación/desposesión de medios de producción<sup>2</sup>. Sin embargo esta literatura no cuestiona la utilidad del concepto clase, sino la reducción de ese concepto a sus dimensiones de más crudo economicismo. Sobre todo, se señala en ella el concepto de clase actúa como elemento articulador de las otras identidades posibles, y como polo de referencia de ellas<sup>3</sup>. No las sustituye ni necesariamente las subordina, pero necesariamente las organiza. Por ejemplo, las relaciones de parentesco se tejen de manera diferenciada en distintas clases sociales<sup>4</sup>; la definición de las identidades étnicas se lleva a cabo en permanente contrapunto con la dinámica de clases<sup>5</sup>. Distintas perspectivas políticas de la clase asignan diferentes polos de referencia y significados a los sujetos a los que se dirigen<sup>6</sup>.

1 E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage Books, 1963; Carlos M. Vilas. “Popular Insurgency and Social Revolution in Central America”, *Latin American Perspectives* 56 (Winter 1988) 156-175.

2 Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista* Buenos Aires: LEGASA, 1984, cap. 3.

3 Vid por ejemplo Eric Hosbawm, “Farewell to the Classic Labour Movement?” *New Left Review* 173 (January/february 1989) 69-74

4 Vid por ejemplo Marta Casus Arzú, *Guatemala: Linaje y racismo*. San José: FLACSO, 1992; Raymond T. Smith; *Kinship an Class in the West Indies*. Cambridge University Press, 1988.

5 Carlos M. Vilas, “Clase Estado y etnicidad en la Costa Atlántica de Nicaragua”. *Nueva Antropología* 38 (1990) 21-43.

6 En mi estudio de la insurrección sandinista señalé, por ejemplo, que mientras los dirigentes empresariales caracterizaban a los integrantes del sector informal urbano como “microempresarios”, los revolucionarios sandinistas se referían a ellos como integrantes del “proletariado”: *Perfiles...*, loc.cit.

Tanto en los enfoques postmodernistas como en la ideología neoliberal, en cambio, la sociedad civil es reconceptualizada como el resultado de la combinación siempre contingente, aleatoria, incluso, de estas otras múltiples identidades entre las cuales la identidad de clase es, a lo sumo, una entre muchas, y nunca determinante. El concepto mismo de determinación, que ya había sido cuestionado por algunas corrientes del marxismo, es dejado de lado, incluso en su sentido mínimo de principio de articulación. La idea de que existen factores que “en última instancia” actúan como detonantes y referentes de la acción —sean estos factores la clase, la etnicidad, el género, u otros— es rechazada: no existe última instancia<sup>7</sup>. Del énfasis obsesivo en las “determinaciones objetivas”, se ha derivado al relativismo y la ambigüedad. Apelando a la terminología habermasiana, la sociedad civil es considerada ahora el “mundo de la vida”<sup>8</sup> —es decir, todo— justificando la crítica de Ellen Meiksins Wood de que al perder la precisión, la idea de sociedad civil se convierte en “un comodín verbal que abarca un amplio arco de aspiraciones emancipatorias, pero también de excusas para la retirada política”<sup>9</sup>.

La versión postmodernista visualiza la sociedad civil como el resultado de una pluralidad de identidades contingentes y niega la existencia de predeterminaciones o “necesidades objetivas” en la definición de esas identidades: “identidad son simplemente las historias que nos contamos a nosotros mismos respecto de quiénes somos”<sup>10</sup>. La realidad de lo social es

desplazada por la virtualidad de una discursividad siempre abierta: como en el viejo poema, “todo es según el color del cristal con que se mira”<sup>11</sup>. Por consiguiente, una de las características de la sociedad civil postmoderna es su “autolimitación”, el voluntario abandono de los “sueños revolucionarios de reforma radical”<sup>12</sup>, pues la hipótesis de un cambio radical sólo puede plantearse a partir de un enfoque globalmente comprensivo de la realidad presente.

Reducir de esta manera el concepto de la sociedad civil a un conjunto de estrategias de acomodamiento al orden social y a sus relaciones de poder me parece doblemente equivocado desde el punto de vista teórico, y tramposo desde el punto de vista político. Equivocado, porque la historia de la sociedad civil en América Latina combina períodos en los que prevalecen los intentos de adaptación a un orden que se vive como ajeno (como es sin dudas el presente), con períodos de intensa agitación antisistémica y tentativas de cambios profundos. Quienes hoy hablan de un “fin de la historia” porque la gente despertó de sus fantasías de cambio, no tienen más poder de convicción ni fundamentos más sensatos que quienes hace veinte años anunciaban la parusía de la revolución permanente. Y es además tramposo, porque la gente no “despertó” de sus sueños revolucionarios: fue derrotada. Confirmando las investigaciones de Jameson respecto de la vinculación íntima entre postmodernismo y la fase actual del capitalismo, la revisión “postmodernista” del concepto de la socie-

7 Uno de los casos más extremos de este enfoque relativista es Ernesto Laclau & Chantal Mouffe, *Hegemony & Socialist Strategy*. London: Verso, 1985. Vid las críticas de E. Meiksins Wood, *The Retreat from Class*. London: Verso, 1986, y de Norman Geras, “Post-Marxism?”, *New Left Review* 163 (May/June 1987) 40-82, y las respuestas y contrarrespuestas en *NLR* 166 y 169.

8 Jean L. Cohen & Andrew Arato, *Civil Society and Political Theory* Cambridge, Ma.: The MIT Press, 1992 422 y ss.

9 “...an all-purpose catchword embracing a wide range of emancipatory aspirations as well...as a whole set of excuse for political retreat”. Ellen Meiksins Wood, “The Uses and Abuses of «Civil Society»”, en Ralph Miliband & Leo Panitch (eds.), *The Retreat of the Intellectuals*. *Socialist Register* 1990. London: Merlin Press 1990:60-94.

10 “Identity is just a set of stories that we tell ourselves about who we are”: vid Michael Rosenthal, “What was Post-Modernism?”. *Socialist Review* 92/3 (July/September 1992) 83-105.

11 A veces el rechazo a la mera idea de clase llega a extremos grotescos: vid por ejemplo Howard Winant, “Rethinking Race in Brazil”, *Journal of Latin American Studies* 24 (1) 1992:173-192, quien en su intento de emancipar el concepto de raza de connotaciones clasistas, no advierte que todos los ejemplos que ofrece se refieren exclusivamente al ámbito de las clases trabajadoras.

12 Cohen & Arato, op. cit. pág 493.

dad civil presenta una reescritura de la historia política que viene como guante a la mano a los regímenes neoliberales<sup>13</sup>.

Ahora bien: me parece evidente que es posible reivindicar legítimamente el concepto de sociedad civil sin regresar al determinismo economicista del pasado reciente y sin alienarnos al subjetivismo oportunista del postmodernismo político. No es ocioso recordar que quien más desarrolló el concepto contemporáneo de sociedad civil fue Antonio Gramsci, un hombre que, aunque resulte trivial recordarlo, conocía bien y comportaba los fundamentos metodológicos y epistemológicos del marxismo. Ciertamente, el énfasis determinista en la clase es insatisfactorio en cuanto deja de lado otras dimensiones que han probado ser tanto o más relevantes en situaciones particulares: género, etnicidad, regionalismo, entre otras. Pero sustituir el reduccionismo de clase por el relativismo y la ambigüedad no mejora las cosas ni enriquece el análisis; al contrario, lo empobrece. Pues es evidente que, en otras situaciones, es la identidad de clase la que aparece jugando un papel central. Por ejemplo, en los movimientos de mujeres de todo el continente, donde brillan por su ausencia las mujeres de las clases dominantes.

Igualmente mal encaminado es el intento de despolitizar la sociedad civil. Esta es, ya se dijo, distinta de la sociedad política, pero no es ajena a la política. La propia denominación "sociedad civil" tiene una clara denotación política. En el lenguaje de la filosofía política clásica, "civil" significa político: las *civitas* es la versión romana de *polis*, la Ciudad-Estado griega, y ambos casos lo político/civil se refiere a lo que en lenguaje moderno llamaríamos ciudadanía, la habilitación para participar en los

asuntos públicos acordando a lo público un significado mucho más amplio que el que pasó a tener en las ideologías políticas posteriores del siglo XVIII. En el mundo antiguo y en la sociedad feudal lo civil era una categoría que vinculaba a los varones, en cuanto miembros de determinados cuerpos o categorías, al Estado. Las diferencias fundamentales con nuestro concepto de ciudadanía radican en que era la polis o civitas (el Estado) quien asignaba unilateralmente el derecho a la participación, y en la marginación de las mujeres de la participación política y los derechos de ciudadanía.

Con el advenimiento del capitalismo, la sociedad se apropia del concepto de ciudadanía. Lo civil deja de ser un atributo del poder estatal y deviene una dimensión de las relaciones de clase: Adam Smith reconoce sin rubor que "el gobierno civil ha sido establecido para la defensa del rico contra el pobre o de los que tienen alguna propiedad contra los que carecen de ella"<sup>14</sup>. Y Thomas Cooper, consejero de Thomas Jefferson y uno de los humanistas más cultos de su época, fue aún más explícito: "La sociedad fue establecida para la protección de la propiedad; los conflictos en torno a la propiedad hicieron que ella surgiera. ¿Qué derecho razonable pueden tener los que carecen de propiedad para legislar sobre la propiedad de otros? ¿Qué motivo o interés común existe entre estas dos categorías de habitantes?"<sup>15</sup>. En alemán las cosas son aún más claras: la expresión: *bürgerliche gesellschaft* significa al mismo tiempo "sociedad civil" y "sociedad burguesa"<sup>16</sup>.

Reconocer la existencia de un principio articulador, o de un "referente de última instancia" en la dinamización de la sociedad civil, no im-

13 Frederic Jameson, "Marxism and Post-Modernism", *New Left Review* 176 (July/August 1979) 31-45

14 "Civil government is instituted for the defense of the rich against the poor, or of those who have some property against those who have none at all". Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Chicago: Chicago University Press, 1976: II, 236.

15 "Society was instituted for the protection of property would naturally give rise to it. What the reasonable claim can they have, who have no property of their own, to legislate is there between These two prescriptions of habitants?" Thomas Cooper, *Lectures on the elements of Political Economy*. Columbia, S.C.: Morris & Wilson, 1892, pág 363.

16 Lawrence Krader, *Dialectic of Civil Society*. Amsterdam: Van Gorcum, 1976; Norberto Bobbio, "Sociedad Civil", in N. Bobbio & N. Matteucci (eds.), *Diccionario de política*. México: Siglo XXI, 1982, II:1570-1576.



plica necesariamente tener que aceptar a la clase como tal principio o referente. El género o la etnicidad son presentados como alternativas posibles por algunas corrientes de los estudios feministas y étnicos. Ambos iluminan dimensiones de la acción social que un enfoque grosero de clase deja de lado, pero carecen de los alcances y del potencial y de las proyecciones de un enfoque de clase no reduccionista. El concepto de clase actúa como principio articulador de la pluralidad de identidades sociales cuando él es construido ligando etnicidad, género, parentesco, comunidad, etc. a la dimensión estructural de la sociedad.

En la experiencia latinoamericana reciente de la activación de la sociedad civil se destaca, precisamente, su clara articulación con la política y la estructura de clases, aunque de manera compleja y pluridireccional. Clases y ciudadanía, estructura y política, siguen siendo los principios articuladores de la sociedad civil. Es claro que la "activación de la sociedad" se refiere, ante todo, a múltiples formas de organización y movilización del mundo de la pobreza, del trabajo y de la falta de trabajo. Ciertamente las demandas que la sociedad civil plantea no se reducen al terreno de la economía: la demostración es claramente uno de los ejes centrales de la activación reciente de la sociedad civil en América Latina. Pero los actores que se movilizan por la democratización, y por impulsar ésta por encima de sus fronteras convencionales de lo público y lo económico —aunque sin dejar de lado lo público y lo económico—, son ante todo los actores del mundo de los pobres y de los oprimidos.

Las cosas varían notablemente de país a país, pero en general se advierte que las mujeres que se movilizan son sobre todo mujeres de los barrios populares, trabajadoras, madres sin

compañero, y también en cierta medida mujeres de las clases medias urbanas. El empobrecimiento sigue siendo un elemento recurrente en la autoidentificación de las poblaciones indígenas. El protagonismo de las iglesias está ligado a su articulación a la problemática y a las demandas populares. Por definición, los reclamos contra la carestía y las políticas de precios son formuladas casi exclusivamente por las clases populares<sup>17</sup>. Las movilizaciones contra las violaciones de los derechos humanos y en defensa de la ciudadanía han sido protagonizadas por las clases populares y por segmentos de las clases medias, con muy poco —si alguno— involucramiento de elementos de las clases acomodadas. Del mismo modo que las víctimas de la represión provienen, ante todo, de las clases populares<sup>18</sup>. Sólo en casos límites las organizaciones de la clase dominante se suman a la activación de los sectores populares: por ejemplo, los meses finales de la insurrección sandinista en Nicaragua, o la coyuntura política actual (junio 1993) en Guatemala. En cambio ha sido mínimo su involucramiento en las movilizaciones sociales contra la corrupción política en Venezuela y Brasil. La ausencia de los ricos y poderosos se explica: ellos están representados en las instituciones y son beneficiados por las políticas contra las cuales la gente se moviliza. El involucramiento de las élites en la activación de la sociedad civil está vinculado a su percepción de que, protagonizada por los pobres y los desposeídos, la sociedad civil puede llevar las cosas demasiado lejos. Hasta ese momento, los ricos no tienen de qué quejarse...

Este predominio de un específico perfil sociológico puede ser interpretado, por lo tanto, como una consecuencia de la articulación de la activación social con el carácter político de las instituciones a las que directa o indirectamen-

17 La famosa "marcha de las cacerolas" de las señoras de la burguesía chilena contra el gobierno del Presidente Salvador Allende se refería mucho más al poder político que al poder de compra...

18 Casi la mitad de los "desaparecidos" durante el régimen militar de 1976-83 en Argentina eran trabajadores (obreros y empleados) CONADEP, *Nunca más*. Buenos Aires, EUDEBA, 1984. En el Salvador 70% de las víctimas de ejecuciones extrajudiciales por motivos políticos entre 1980 y 1991 fueron campesinos y trabajadores rurales, y 97% de esos hechos fueron cometidos por fuerzas gubernamentales: vid *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador*. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador. Nueva York, ONU, 15 de marzo de 1993. Sobre las víctimas del terror contrainsurgente en Guatemala, vid Carlos Figueroa Ibarra, *El recurso del miedo*: San José: EDUCA, 1991.

te apuntan. Son movilizaciones de demanda, rechazo, oposición a un Estado, a un sistema institucional, a políticas y cursos de acción que son considerados ajenos, opresores, o en el mejor de los casos desentendidos de los problemas de la mayoría de la gente. Denotan por los menos implícitamente, una noción alternativa de justicia.

Los blancos de estas movilizaciones son el poder, el Estado, la riqueza, los patrones, los opresores, el racismo institucional, el sesgo masculino en las políticas y en las instituciones, para mencionar sólo algunos. La construcción de la identidad involucra la conciencia de intereses, de problemas, de derechos. Las relaciones tradicionales estrechas del poder y sus agencias con las élites, relaciones exacerbadas en el marco de las recientes políticas neoliberales y el "adelgazamiento" unilateral del Estado, tienen como contrapunto el cuestionamiento de ese poder y de esa alianza por un amplio espectro de grupos e "identidades" en el marco de una clara delimitación popular.

Es posible que, por ejemplo, las mujeres de las élites experimenten algunos de los problemas de sus congéneres del pueblo, pero en todo caso no se las ve movilizarse. La cuestión de género, como la étnica, tiene un claro marco social. Y lo mismo puede afirmarse de los derechos humanos, las políticas económicas, las garantías constitucionales, etc. Sociedad civil somos todos, pero no todos se movilizan por igual, y lo que se advierte es una clara confluencia de clases populares y (en menor medida) medias, enarbolando la bandera de la soberanía del pueblo, frente a la tradicional articulación de los ricos y los poderosos al Estado y sus aparatos, en nombre de la soberanía del mercado.

## Sociedad civil y pueblo

Debe admitirse que el cuestionamiento del valor heurístico del concepto de clase no es resultado simplemente de una moda intelectual. Es innegable que la reestructuración económica

reciente, el énfasis en la apertura externa, y la reforma del Estado, están alterando el perfil sociológico y por lo tanto los referentes objetivos de la identidad de las clases populares latinoamericanas. Factores como la desalarización de la fuerza de trabajo, la fragmentación creciente de los mercados laborales, el auge del sector informal, la crisis de los (precarios) sistemas de seguridad social, el debilitamiento de la capacidad de convocatoria y de la eficacia reivindicativa de los sindicatos, el retroceso de los partidos políticos de izquierda, reducen los tradicionales atributos de la identidad de la clase de los trabajadores latinoamericanos. Pero nadie ha afirmado hasta ahora que algo equivalente esté ocurriendo en el terreno de las clases dominantes. Al contrario, los factores antes aludidos contribuyen a un fortalecimiento de la identidad y el poder de la burguesía latinoamericana. Hoy la burguesía latinoamericana tiene capacidad de gestión estatal, de apropiación del excedente, de diseño de las relaciones e instituciones sociales y políticas, sin paralelo en los últimos cincuenta años. El retroceso de la gravitación política, social y cultural de las clases trabajadoras va de la mano, y es resultado, de la consolidación de las clases dominantes. Lo que cambia, en todo caso, es la clase que sirve de referente, no el referente de la clase en sí mismo. En la retórica de los organismos internacionales y de las agencias estatales, los que sobreviven en el sector informal y los autoempleados son, ahora, microempresarios.

Sin embargo la activación reciente de la sociedad civil hace explícita la dimensión popular de la dinámica social. Lo popular tiene un referente de clase (trabajadora) pero no se reduce a la clase, sino que expresa el entrecruzamiento de una pluralidad de referentes estructurales y culturales que se conjugan para potenciar la diferenciación y eventualmente el enfrentamiento al poder del Estado y a los actores sociales que se benefician de él. Pobreza, inseguridad, informalidad, subordinación política, discriminación étnica y de género, identifican de manera creciente las condiciones de vida de las clases populares latinoamericanas.

Tengo la impresión por lo tanto de que lo que hoy llamamos sociedad civil se parece enormemente a lo que antes llamábamos pueblo. Lo que ha cambiado es, ante todo, nuestro enfoque del pueblo, y hoy somos más conscientes de que los detonantes y los caminos de la movilización social son mucho más complejos que los que contemplaba el análisis sociológico, marxista y no marxista, de décadas atrás. La mayor diversidad y pluralidad que se denota en el concepto sociedad civil tiene que ver en lo fundamental con las características institucionales del escenario de autoritarismo y despolitización forzada en que se inició la reactivación reciente de la sociedad civil en buen número de países. Lo popular perdió articulación con los sindicatos y los partidos porque estos eran reprimidos o quedaban desafasados, y las agencias gubernamentales dejaron de estar interesadas en promover la movilización popular: ahora se trata de acotarla, o reprimirla. Las dimensiones de la insatisfacción que eran canalizadas por los partidos, sindicatos y agencias estatales perdieron capacidad de expresión institucional: ciudadanía, condiciones de trabajo, seguridad social, entre otras. Pero al mismo tiempo las otras dimensiones que habían enfrentado dificultades para expresarse libremente en el marco de las agencias tradicionales —la diferenciación étnica, el género, la vida cotidiana, y otras muchas— pudieron empezar a ensayar formas propias de expresión. El resultado es que hoy el campo popular es explícitamente mucho más rico, más plural, más complejo, que hace tres o cuatro décadas. ¿O es que, simplemente, ahora, nuestra óptica es más aguda, y sensata, que entonces?

### **La representación de los nuevos actores**

Esta mayor complejidad plantea problemas de expresión y de representación. En el pasado, sindicatos y partidos actuaron como referente del campo popular y articularon sus demandas en el sistema político. ¿Quién desempeñará hoy esa función?

La extensa literatura sobre los movimientos sociales tendió a ver en éstos los sustitutos de los partidos y los sindicatos; los movimientos sociales fueron considerados incluso, el paradigma de la expresión orgánica de la sociedad civil. Los movimientos sociales fueron capaces de ampliar la agenda popular, de movilizar recursos y de fortalecer identidades subordinadas o marginadas por el énfasis en lo sindical y en lo partidario, o reprimidas por el autoritarismo del Estado y del mercado. Pasada la euforia intelectual inicial, hoy es evidente que al mismo tiempo contribuyeron a reproducir la fragmentación de las clases populares, fomentada por el Estado y el mercado. Es innegable asimismo que, en lo referente a las condiciones de vida de la gente, los movimientos sociales fueron más eficaces para encarar cuestiones sectoriales que los problemas globales. Los vecinos del barrio pueden reunirse para trabajar juntos y construir una escuela, pero hace falta mucho más que trabajo físico gratis y donación de materiales de construcción para que la escuela funcione. Se necesita, por ejemplo, que las familias tengan condiciones para no verse obligadas a salir a la calle a vender chicles en las esquinas, o pedir limosna. Esto es algo que depende de las políticas globales de empleo, ingresos y bienestar, cuya definición queda usualmente fuera de los alcances de los movimientos sociales. Al no percibir esta dimensión estructural del problema, la literatura que enfatiza el aspecto de las identidades de los movimientos sociales, reduce a estos a una especie de socionarcisismo: la identidad que se refleja en sí misma, sin proyección alguna sobre el entorno social ni sobre condiciones de vida de la propia gente. Por otro lado, el éxito reivindicativo es de fundamental importancia para la generación de identidades activas. Si al contrario la identidad de los actores se construye a partir de fracasos y derrotas, lo que tendremos será una justificación de la pasividad, una mayor desactivación social, y la reproducción de un orden inicuo.

La expresión de lo popular a través de movimientos sociales relativamente autónomos de partidos y sindicatos, tuvo lugar en la coyuntura de autoritarismo que vivieron varios paí-

ses de América Latina entre mediados de 1960 hasta el inicio de los 80s. Fue el resultado de la necesidad, mucho más que una decisión metodológica o teórica: las organizaciones –partidos y sindicatos sobre todo– que habían movilizad y organizado las demandas populares fueron ilegalizadas y reprimidas, o su espacio de acción fue severamente acotado. En otros casos, el anquilosamiento de esas organizaciones, su burocratización o estrecha dependencia del Estado, limitaron su capacidad para actuar como instancias de represión social. Después de un momento de inicial desorientación, la insatisfacción popular buscó nuevos canales de expresión. Surgieron nuevas demandas, se amplió la ayuda popular, se cuestionó la delimitación convencional entre lo público y lo privado. El involucramiento de algunas agencias religiosas fue importante para proteger a estas incipientes organizaciones de la represión estatal. El cambio de escenario político producto del retroceso del autoritarismo y el retorno de procesos electorales, combinado con las crisis de los 80s y posteriormente con la reestructuración económica y la reforma del Estado, definen nuevas condiciones de acción para los movimientos sociales, y nuevos desafíos.

Hoy, la cuestión central para la reactivación de los movimientos sociales –fuertemente golpeados por la crisis económica y por la desmovilización de sus bases– es la articulación de sus demandas en el sistema político. Se abre aquí una doble alternativa: 1) los movimientos se aíslan de los partidos políticos y del movimiento sindical, y ensayan a) estrategias de tipo neocorporativista que fortalecen el papel mediador directo de los agentes estatales, y/o b) la negociación puntual con el sistema partidario y los sindicatos en torno a cuestiones específicas; 2) los movimientos enfatizan la necesidad de coordinación y avanzan hacia la creación de nuevas agencias de mediación con el Estado: partidos y sindicatos de nuevo tipo.

Simplificando mucho, la primera es la alternativa escogida por los movimientos sociales de Perú, y fomentada por los programas estatales solidaristas de México y Costa Rica. La segunda se ajusta a la oposición del movimiento social en Brasil, donde una nueva generación de trabajadores industriales se convirtió en eje articulador de un arco amplio de movimientos sociales –comunidades de base, pobladores y otros– en un proceso que habría de culminar simultáneamente en la construcción de nuevas organizaciones sindicales y del Partido de los Trabajadores<sup>19</sup>. Estas alternativas no se presentan en abstracto: el escenario macroeconómico y macropolítico crea condiciones que favorecen unas u otras en diferentes coyunturas. Tampoco se trata de opciones absolutamente excluyentes.

## Conclusión

La reactivación de la sociedad civil expresa el impacto de las nuevas condiciones de inserción de América Latina en la economía mundial y la reconfiguración de las relaciones de poder. Sobre todo, las aspiraciones a la autonomía de un arco amplio de actores sociales del campo popular tradicionalmente subordinados a los actores convencionales del sistema político. Mezcla de virtud y necesidad, el abandono de las funciones distributivas del Estado, o mejor dicho, su reorientación hacia los grupos dominantes –es decir, el “adelgazamiento” socialmente sesgado del Estado– deja sin protección institucional a las clases populares y las obliga a buscar nuevas modalidades de expresión colectiva y de búsqueda de soluciones a sus problemas.

La activación de la sociedad civil impulsada por los movimientos sociales implica una ampliación del concepto de ciudadanía, dotándolo de una dimensión social. Esto sin embargo es más novedoso en Estados Unidos que en América Latina e incluso Europa occidental<sup>20</sup>. Por

19 Vid Eder Sader, *Quando novos personagens entraram em cena*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1988.

20 Vid por ejemplo Charles S. Maier (ed.) *Changing Boundaries of the Political*. Cambridge University press, 1987.



lo menos desde fines del siglo pasado todas las manifestaciones del pensamiento democrático latinoamericano, y sus principales expresiones organizativas, involucraron siempre algún cuestionamiento del orden socioeconómico vigente. Las demandas de participación política se articularon a las demandas de participación social. Los movimientos sociales forman parte de esa trayectoria y representa la expresión contemporánea de una larga tradición popular.

El futuro de esta dinamización de la sociedad civil motorizada por los movimientos sociales se presenta matizado y abierto a múltiples interrogantes. En general el retorno a regímenes electorales, en la medida en que involucró el regreso de los viejos partidos al centro del sistema político, aumentó el peso de otros factores —una concepción restringida o incluso elitista de la democratización, la crisis económica, el mantenimiento de la impunidad militar— para producir una marcada desmovilización de la población que había participado

activamente en el enfrentamiento del autoritarismo. Al mismo tiempo, la extraordinaria —e inesperada— movilización de la sociedad civil guatemalteca (junio 1993) para enfrentar el “autogolpe” de Jorge Elías Serrano y posteriormente neutralizar la amenaza de un golpe militar, o la participación de la agitación popular en los acontecimientos que condujeron a la destitución de los presidentes Fernando Collor de Melo y Carlos Andrés Pérez por cargos de corrupción, señalan la existencia de una capacidad movilizadora latente que puede activarse en condiciones específicas.

En todo caso parece innegable que el panorama político de este fin de siglo latinoamericano es enormemente más complejo y dinámico que el de hace un par de décadas y testimonia la extraordinaria vitalidad y creatividad de los sectores populares no sólo para “salir adelante” de sus problemas cotidianos, sino también su empecinamiento en modificar de manera más estable el presente orden de cosas.